

## El viaje a Navarra del Padre Flórez en 1766

La copla de Cascante. El palacio real de Tafalla y las veletas armoniosas que clavó un cura. La venta de Las campanas. El pozo de San Saturnino en Pamplona. La subida del puerto de Roncesvalles y las moscas de Francia. Músicas, tambores y danzantes en las fiestas de San Fermín. La sacristía de Los Arcos y las cuevas de Lodosa.

A poco de morir el Padre Enrique Flórez (1773), dejando los 29 tomos de su España Sagrada, su amanuense y compañero, el Padre Francisco Méndez, publicó un libro titulado «Noticias sobre la vida, escritos y viajes del Rmo. P. Mtro. Fr. Enrique Flórez». Conozco —gracias a mi buen amigo el erudito tafallés José Berruezo— la segunda edición que de esta última obra hizo la Real Academia de la Historia en el año 1860.

El Padre Méndez acompañó al Padre Flórez en el viaje que éste realizó en el año 1766 a Bayona de Francia, pasando por Osma, Soria, Tarazona y Navarra. Para entonces, el insigne agustino había ya publicado 20 tomos de su obra y era conocido y famoso en toda España.

Hablando de sus viajes, nos cuenta su biógrafo que el Padre Flórez era cefestivo, desembarazado, jovial y nada impertinente ni molesto. Muchos sujetos que sabían y conocían su nombre y fama, se pasmaban de que fuese tan llano y sociable. Luego que llegaba a la posada, al punto echaba a andar por el lugar y trababa conversaciones con el primero que se le ponía por delante, haciéndole mil preguntas según veía sus luces y razón. Se informaba si había en el pueblo algún sujeto curioso, ya fuese sacerdote, ya seglar, y en dando con alguno de éstos, se informaba de todo muy pormenor: qué vecindario tenía el pueblo, qué manufacturas, qué conventos y parroquias, qué sujetos visibles tenía o había tenido, qué frutos se cogían, si había escrita historia del lugar, etc. En unas partes encontraba con quien le entendía, en otras no tanto, y en todas se acomodaba al auditorio».

Esto expuesto, veamos algunas de las observaciones que hizo e informaciones que obtuvo a su paso por nuestra tierra, de las que iba tomando nota su secretario y camarada.

Entró en Navarra el 18 de junio, procedente de Tarazona, y se detuvo en Cascante. Tenía entonces la ciudad 550 vecinos, y en su iglesia parroquial «los racioneros cantan los oficios divinos con capellanes como en catedral». A continuación nos ofrece una versión de la célebre copla burlesca contra los cascantinos. Incorre en el error de suponer que Cascante se hizo ciudad en el año 1500 (como dice la copla por mor de la rima y para concertar con «contentos»), siendo así que Cascante no fué ciudad hasta el año 1633 (tres años más tarde que Olite, Corella y Viana), por haber comprado el título de tal al rey Felipe IV al precio de diez mil ducados. El cantar lo sacaron los de Corella. Pero veamos la versión de la copla, que difiere algo de la que corre hoy día.

Dice así el Padre Méndez:

«Hizose ciudad el año de 1500, y de ello anda por Navarra la copla siguiente:

Cascante se hizo ciudad  
Año de mil y quinientos:  
Los bobos están contentos;  
Al pagar me lo dirán».

De Cascante marchó el Padre Flórez a Tudela. La ciudad del Queiles tenía entonces más de 5.000 vecinos. Habla del puente, de la catedral, de los conventos que había (cuatro de frailes y cuatro de monjas), y añade: «La antigua población estuvo en lo alto, donde hay ruinas de un gran castillo y ámbito de población, en cuya cima hay una torre con ermita de Sta. Bárbara».

Nada de particular dice de Arguedas, Valtierra y Caparros. Consigna que la Bardena abunda en «romerales, sin colmenas». Habla de la venta de Morillete (sic). «En Olite hay convento de San Antón, donde reside el general de Navarra» (el general de dicha Orden).

De Tafalla habla más, y da curiosas noticias sobre el palacio que en el siglo XV construyó Carlos III. La ciudad tenía entonces 900 vecinos y en ella —dice— se conserva «un palacio de los Reyes antiguos, de mucha extensión, con dos jardines. El uno tiene en la pared que le sirve de cerca unos como cenadores, con una silla de piedra en el medio de la pared de testera, que denota antigüedad y majestad: las más son de hechura de tijera: la primera, por donde hoy se entra (la primera silla entrando, quiere decir) es como las figuradas en los sellos de privilegios antiguos, con sombrero de piedra al modo de los púlpitos. El antepecho, que con la pared exterior forma calle para dar vuelta al jardín, es de altura de medio cuerpo poco más; y todo él tiene en la superficie de arriba que mira al cielo una canal que conducía agua al rededor y la recibía por la columna de un arco, que con trozos de canales bajaba formando una cascada (o brollador) con murmullo y buena vista. En otro jardín persevera un bello mirador con balcones de hierro por todos lados. En el tejado hay veletas, que antes formaban armonía al moverse con los vientos, y un cura, dicen, las clavó por no gustar del ruido que hacían algunas noches de vientos» (1).

La descripción, aunque confusa, resulta muy curiosa, porque nos da idea

(1) La mejor descripción literaria y gráfica del que fué palacio real de Tafalla es la que publicó don Pedro de Madrazo en el tomo 3.º de su obra Navarra y Logroño (Barcelona, 1886, páginas 255 a 265).

Madrazo —según dice— había visitado las ruinas del palacio tafallés en el año 1865, acompañado por el dibujante Serra, quien, con destino a la citada obra, tomó varios apuntes: de las sillas de piedra a que alude el Padre Méndez, de un ventanal gótico, del torreón de entrada, llamado Torre de Ochagavía, del conductor de aguas y mirador que daban al jardín, y del Cenador del Rey, galería poligonal de grandes arcos muy rebajados, cuyos estribos estaban «coronados por esbeltos pináculos, que es fama llevaban unas veletas armónicas, las cuales giraban recibiendo el aire por el interior hueco de dichos estribos».

Años antes había hablado de estas veletas el barón de Bigüezal (después conde de Guenduláin) el cual, hacia el año 1834, publicó en el periódico madrileño El Ar-

de cómo se conservaba a mitades del siglo XVIII el castillo de nuestros Reyes, antes de ser destruido por Espoz y Mina en febrero de 1813 (2).

«Tiene Tafalla tres conventos, de Franciscos Observantes, de Capuchinos y de Franciscas Recoletas, que están en la calle por donde va el camino, que es extramuros; y por la otra (calle) el convento de Franciscas, con una bella fachada, los Capuchinos y unas casas de altura igual, hechas por el marqués de Feria con grandeza; y en medio de ellas y de las murallas va el camino Real con árboles, estanque al lado para lavar y una fuente de cuatro caños, con una gran plaza junto a las monjas, que hermocean el pueblo.»

En el camino de Tafalla a Pamplona sólo encuentro dos notas interesantes: que en los alrededores de Garínoain y Barásoain había «muchas y abundantes encinas» (no son encinas, sino las carrascas que dieron nombre al Carrascal) y que en la venta de Las Campanas había una iglesia con un lábaro grabado en el arco de la portada (románica seguramente) y «dos campanas que la dan nombre» (a la venta). «En el alto arrimado hay vestigio de población, hoy Tiebas, con quien se unía a la iglesia de la venta.» «A la izquierda del camino se ve otra iglesia que llaman Muro.»

De Pamplona, a donde llegaron el 21 de junio, dice que tenía 5.000 vecinos, que los canónigos de la Catedral (Canónigos Reglares de San Agustín) «viven en sus casas, pero duermen en la Catedral y asisten a maitines a las tres de la mañana y por Resurrección comen en el refectorio, que es magnífico».

Observa que las calles de Pamplona son bellas, «pero sucio el suelo». De la Plaza del Castillo dice «gran plaza, en que, cortada por medio, corren los toros». Los conventos de entonces eran once: de Santo Domingo, San Fran-

tista (tomo 1.º, págs. 220 y siguientes) cinco romances históricos sobre el Príncipe de Viana, acompañado de una interesantísima carta, en la que, refiriéndose al palacio de Tafalla, decía:

«Muchos de los objetos que de él se describen en estos romances, existen todavía, más o menos deteriorados... La torre llamada de Ochagavía, que la historia y la tradición designan como prisión de caballeros, se conserva intacta entre los dos jardines del palacio, dándole bajada a uno de ellos un elegante caracol. Las veletas armónicas que se citan (en los romances), existen mudas, pero ha sesenta años aún conservaba una de ellas la facultad de sonar, entonada al impulso del viento.»

(2) El 6 de febrero de 1813, Espoz y Mina se dirigió a Tafalla y batió con artillería el fuerte que defendía la guarnición francesa, compuesta de 400 soldados. El fuerte se hallaba instalado en el convento de San Francisco y se enlazaba, mediante un camino cubierto, con el castillo o palacio de nuestros reyes.

Los franceses se rindieron el 11 de febrero, y Espoz mandó destruir el fuerte y demoler todas las obras de fortificación, así como también un convento inmediato (el de Recoletas) «y un palacio contiguo, por considerarlos a propósito para establecer guarnición del enemigo».

Después de destruir el palacio de Tafalla, mandó Espoz destruir el de Olite «a fin de tener expedita la carretera desde Pamplona a Tudela, y obviar (sic) que el enemigo pueda cobijarse».

Espoz cometió en su tierra los mayores crímenes arqueológicos. Además de los palacios de Tafalla y Olite, destruyó dos de los tres torreones del puente de Tudela y uno de los arcos del mismo, las ermitas de Santa Quiteria y Santa Bárbara de la misma ciudad, así como la torre Monreal y el chapitel de la capilla de Santa Ana (cuyo plomo hizo fundir para fabricar balas). A él se debe también la destrucción del convento de San Francisco de Estella.

cisco. Agustinos, Carmelitas Calzados, Carmelitas Descalzos, Trinitarios Descalzos, y Mercenarios. Monjas de Santa Engracia, Franciscas de San Pedro y Recoletas Agustinas, sujetas todas tres al obispo, y Carmelitas Descalzas, sujetas a su Orden».

« Junto a la parroquia de San Nicolás y la Taconera hay una casa de Misericordia, donde recogen todos los pobres, sin permitirles pedir por la ciudad más que en Jueves y Viernes Santo, y en la feria de San Fermín y víspera de Navidad. A los peregrinos los hospedan tres días, y la catedral les da de comer. También hay hospital, casa de doctrinos y galera de mujeres.»

En la parroquia de San Cernin «están haciendo una magnífica capilla a Nuestra Señora del Camino (3): y en la calle, a la puerta de la iglesia, está el pozo donde dicen bautizaba San Saturnino, y que allí estaba el templo de Diana. La cubierta del pozo es como media bola de argamasa, sobre cinco columnas, debajo de las cuales está el brocal: muestra mucha antigüedad, aunque encima (de la cubierta) hay una cruz de piedra».

Los jurados de la ciudad (que son diez: cuatro del estado noble y seis del común) «traen por divisa una medalla con las armas de la ciudad, que es un león. En el día de San Fermín se ponen una cadena de plata sobredorada desde el hombro derecho al izquierdo y una joya».

Añade el Padre Méndez que «en las parroquias de Pamplona hay la especialidad, de que el Augusto Sacramento no se reserva en el altar mayor, sino en un sagrario al lado del Evangelio, separado del altar mayor, y allí está la lámpara al mismo lado».

El 25 de junio, los viajeros salieron de Pamplona, dirigiéndose a Francia por Huarte, Zubiri, Biscarret, Espinal, Burguete y Roncesvalles.

En aquel tiempo, el pueblo que hoy llamamos Espinal era llamado Espinar. «Desde Zubiri a Biscarret hay dos leguas: al Espinar una legua, mal camino de rueda por las piedras y peñas en forma de escalera. El camino, cercado de bojés y hayas. Hay un trozo de arboleda en el camino, sumamente frondoso de hayas muy altas, al cual llaman *entre las alturas* en voz vascongada. El Espinar es una fila de casas.»

«A tres cuartos de legua, Burguete en el centro del valle de Roncesvalles, sitio llano, frondoso de hayas y lleno el suelo de ramilletes naturales de retama. Hay muchos pastos y ganado vacuno, con algunas yeguas y ovejas. Las casas son de tejados muy empinados par el caballete para que despidan las nieves, y en los más de estos lugares son de tabla en lugar de teja.»

En Roncesvalles admiraron las consabidas curiosidades (las cadenas de Las Navas, los zapatos, medias y cálices del obispo Turpín, la maza de Roldán, la cruz de plata, y los Evangelios del siglo XIII con cubiertas del mismo

(3) La construcción de la capilla de Nuestra Señora del Camino comenzó en el año 1758 y terminó en el 1776. Y precisamente en el año 1766, en que visitó Pamplona el Padre Flórez, la Obrería de la parroquia de San Cernin organizó por vez primera una corrida de toros, cuyo producto se destinó a las obras de la dicha capilla. La corrida tuvo lugar el día 10 de julio, y para ella se trajeron diez toros de don Miguel López de Salinas, vecino de Egea de los Caballeros. En los años siguientes, hasta el 1770 inclusive, se dió una corrida con igual fin.

(Datos del libro San Cernin de D. Juan Albizu y Sainz de Murieta. Pamplona, 1930).

metal). «Cantan los canónigos todo el oficio divino, y tienen seis infantes de música, capellanes y racioneros. Siempre andan con roquete los canónigos.»

«A un cuarto de hora se empieza a subir el Pirineo, que dura hora y media con cuairo pares de bueyes al coche. La subida no es áspera, y es muy amena y poblada de hayas, robles y mucho verdor en el suelo, por lo que se apacienta en él mucho ganado de vacas, ovejas y cabras. En la cumbre hay una peña negra, en que está el límite de España y Francia. La peña es como trozos de ladrillo quebrado muy unidos. Se verifica lo notado por Estrabón, que el monte es muy poblado de madera por la parte de España, pero no tiene un árbol por la parte de Francia. La altura es muy soberbia: la cumbre muy ancha y dilatada. El 26 de junio, en que le pasé todo fué de niebla, que estanco en la cumbre y mirando hacia abajo parecía estar el cielo debajo de los pies, por el color de la niebla en lo profundo.

Siguen los bueyes hasta la cumbre en cuatro pares: allí se quita un par y prosiguen tres pares, quitando a veces dos pares y poniéndolos según los pasos de la subida. En la bajada atan dos bueyes a la zaga para que contengan, y los otros dos van sueltos. Nunca hubo necesidad de atar rueda. Cada par de bueyes lleva un hombre por director, y carretean bien. El movimiento es por lo común de silla de manos. No vi ningún pájaro.»

Más adelante, añade en nota marginal: «26 de junio. Desde la entrada en Francia empieza la plaga de moscas, que no dejaron sosegar a las mulas del coche, y dicen es plaga común en aquella tierra».

El Padre Flórez y su acompañante regresaron a España por Roncesvalles el 1.º de julio, llegando a Pamplona al día siguiente y permaneciendo en la capital de Navarra hasta el día 8.

Son muy curiosas las noticias que nos da el Padre Méndez sobre las Vísperas de San Fermín y sobre el primer día de las fiestas. Dice así:

«En la víspera de San Fermín se junta la ciudad en su casa pública, día 6 de julio. Va a cantar vísperas la música de la catedral a la parroquia de San Lorenzo, donde está la capilla de San Fermín. Van delante de la ciudad cuantos instrumentos quieren concurrir, gaita, violín, vihuelas, etc. A cada uno dan dos pesos. Concurren también danzas de valencianos, de Navarrete y de Aoiz. Vuelta la ciudad de San Lorenzo a su casa (con los instrumentos), pasa a la plaza, dispuesta ya para los toros, y concurren los danzantes para hacer sus habilidades.»

Veamos ahora lo que ocurría el día de San Fermín:

«Al otro día sale la ciudad de su casa, precedida de tamborileros, clarines y cofradías con sus estandartes a la catedral, donde se incorporan los canónigos y religiones de Santo Domingo a la derecha, Carmen a la izquierda, San Agustín en dos coros, San Francisco lo mismo, y Capuchinos y Trinitarios descalzos. Los Mercenarios no concurren más que a la fiesta del Corpus, haciendo su protesta. Van todos por el santo y le sacan en procesión y dicen misa.

Hay uno (de los jurados de la Ciudad) que llaman el abanderado, que lleva una bandera plegada, acompañado de los principales caballeros, y vestido de medias y vueltas pajizas (el día del Corpus va de blanco). Este hace muchos gastos.

Por la tarde van a la plaza y repiten los danzantes su diversión; y corren dos toros.

La concurrencia de los tamborileros es muy extraña; pues el conjunto forma un ruido extraordinario y molesto al oído. Más de ochenta contamos entre todos, y dicen que cada año van aminorando.

En el día ocho son los toros por la mañana y tarde (4). Concurren de toda Navarra, Aragón y Castilla. La feria (que es ahora) atrae mucha gente de Francia con tiendas, que hacen muy divertida la ciudad».

El día 8 de julio, el Padre Flórez y su amanuense salieron de Pamplona y marcharon a Estella por Tafalla, Berbinzada y Oteiza.

De Estella dice el Padre Méndez que tenía 800 vecinos, cuatro conventos de frailes: Dominicos, Franciscos, Agustinos y Mercenarios (éstos fuera de la ciudad), y tres de monjas: Benitas, Franciscas Recoletas y Franciscas Ob-servantes.

«El río es muy bello, por las arboledas de huertas y álamos que forman un deleitable y largo paseo a la orilla del río y piso llano, con alfombra de yerba. Llamen a este paseo los Llanos. Dominan la una parte de la ciudad dos altas peñas en que hubo castillos; y la otra parte domina el alto de nuestra Señora del Puig. Los jurados de la ciudad son como en Pamplona. Estella es la segunda en Cortes.»

Nuestros viajeros se detuvieron en el monasterio benedictino de Irache y siguieron su camino a Los Arcos, cuya Parroquia, «primorosamente adornada, con sacristía, cuya cajonería cubre la testera de la pared, dos veces más alta que los cajones, de madera, adornada de santos de bulto al rededor de la cabecera y los dos lados», les gustó mucho.

A su paso por Lodosa consigna el Padre Méndez que «en la cuesta (bajando al pueblo) hay puertas de salones formados allá dentro de la misma tierra del cerro, a mucha altura. Dicen vivían allí moros y que hay entierros (sepulturas)».

De Lodosa se dirigieron a Calahorra, a donde llegaron el día 12 de julio.

Tales son las noticias más interesantes que aparecen en el libro y que se refieren a nuestro viejo Reino.

(4) En los Sanfermines del año 1766 hubo dos corridas de toros: la primera el día 8 de julio, con dieciséis toros de don Miguel Miranda y Miranda, vecino de Calahorra, para los diestros Matías Serrano (de Villafranca de Navarra) y Manuel Apiñániz (El Tuerto de Calahorra), auxiliados por diecisiete lidiadores; y la segunda el día 10, domingo, organizada por la Obrería de San Cernin, con diez toros de don Miguel López de Salinas, vecino de Egea de los Caballeros, para los mismos diestros y lidiadores.

Por ambas corridas, Matías Serrano y Manuel Apiñániz (hermano éste del famoso Juanito Apiñániz a quien inmortalizó Goya en su estampa del salto de la garrocha) cobraron 440 reales cada uno.

Sus auxiliares eran los siguientes: Cascarilla, el Zaragozano, Matías Añezcar (a) el Pastelero, El Mulato, El Vergarés flaco, Emeterio Apiñániz, José Elizondo, Manuel Urra (de Los Arcos), José Velasco (a) Patacha, Esteban Aróstegui, Gregorio Navarro (a) el Pastor, Juan Antonio Blanco, Santiago Apiñániz, José Echeverría (a) el Vergarés, Gaspar Apiñániz, Joaquín Berrueta (a) el Molinero, y José Gil (a) el Valenciano (danzante).

(Debo estos datos a la amabilidad de mi buen amigo Ignacio Baleztena, que posee todos los relativos a las corridas celebradas en Pamplona desde el siglo XVI, hasta nuestros días.)